

Los arcos de Santiago de Cáceres

Esta piedra dorada que se curva suave,
hace largas centurias que se dora con gracia.
Tiene el perfil de fuego de una oración ingrave,
que de subir, gritando su amor, nunca se sacia.

Estos arcos de oro, con su perfil de nave,
se lanzan en un vuelo de sobrehumana razia.
Tienen aire de cuna que un gran misterio sabe,
y en la tarde se comban, como una espiga lacia.

El amor ha encontrado un divino tesoro:
la piedra valerosa que sube como fuego,
y que el sol de los siglos hace arder son su luz;

La espiga se ha hecho pan, que cruje como el oro,
y la nave ha llegado, sobre el viento andariego...

.....
Al final de los arcos, se ha encendido una luz.

VENTURA DURAN

ENSAYOS DE HISTORIA

Oquendo, el Gran Almirante de la mar oceana

Por ANGEL DOTOR

El año 1588 fue de trágico y negativo signo para las empresas marítimas hispanas, pues en él no sólo aconteció la pérdida de la gran flota impropriadamente llamada *Invincible*, enviada por Felipe II para la conquista de Inglaterra, sino que fallecieron Bazán, Oquendo y Recalde. La muerte de estas a la sazón figuras cimeras de nuestra Armada tuvo un común origen de depresión moral, pues mientras el insigne marqués de Santa Cruz vióse vencido por la tristeza al no haberle designado el monarca para mandar aquella flota —en caso contrario muy otra habría sido la suerte de la misma—, los otros dos almirantes, que figuraron en ella a las órdenes del inepto Medina Sidonia, sintieron tan profundamente la amargura de aquel encuentro que sólo algunas semanas sobrevivieron a la derrota. Pero la casi simultánea desaparición de tan inminentes figuras no supuso dilatada crisis en la existencia de grandes hombres de la mar que mantuvieran en nuestro país el prestigio de pasadas glorias, pues a poco surgiría uno en verdad sobresaliente que tanto habría de contribuir a reverdecirlas. Nos referimos al hijo de uno de aquéllos, Oquendo, que bien pronto alcanzaría merecida proceridad, emulando las glorias de su progenitor, hasta el extremo de llegar a ser el marino español más ínclito de su tiempo. Por el excepcional valor de su personalidad en sí, y dada la importancia histórica del papel que hubo de desempeñar en las empresas marineras hispanas del primer tercio del siglo XVII, creemos de interés ofrecer esta semblanza evocativa del mismo, un tanto sumaria dada la limitación espacial aquí requerida.

Nació don Antonio de Oquendo en San Sebastián, no se sabe con certeza en qué día del mes de Octubre de 1577. Tanto su padre, don Miguel, el marino de referencia —que precisamente ese mismo año fue nombrado Capitán Ceneral de la escuadra de Guipúzcoa, con la cual tomó parte, a las órdenes del invicto don Alvaro de Bazán, en la jornada de las Terceras—, como su madre, doña María de Zandá-

tegui, pertenecían a familias guipuzcoanas de ilustre prosapia. Créese que, pese a la ancestral tradición paterna, en la que contábase varias generaciones de marinos, la madre logró la aquiescencia de su marido para que el vástago no siguiera el ejemplo de éste, ya que la profesión marinera era tan arriesgada, no sólo por lo que suponía la navegación en sí, sino dada la entonces casi continua guerra en la mar. Pero de nada sirvió tal propósito, pues el niño Oquendo sintió irrefrenable vocación hacia la misma, en consonancia con las circunstancias de lugar y tiempo, influido por un ambiente netamente marineró. Tanto las aventuras navales de su progenitor como las que oía referir de su abuelo, y más aún la contemplación de numerosas naves en el puerto de Pasajes y la lectura de narraciones caballerescas y de tierras lejanas, pasmosas por su hermosura y riqueza y accesibles a su conquista con el mero arrojo, fueron creando en su imaginación juvenil aquel mundo maravilloso de ensueño que habría de estimular su decidido deseo de ser él también marino. A los dieciséis años, o sea cuando hacía ya un lustro del fallecimiento de su padre, y vencida la oposición materna, el joven don Antonio de Oquendo obtuvo el ingreso en la Real Armada, con la calificación de *entretenido* de Su Majestad y el haber de 20 escudos. Seguidamente marchó a Cartagena, desde donde se trasladó a Nápoles para embarcar en las galeras mandadas por el Almirante don Pedro de Toledo, quinto marqués de Villafranca.

Allí estuvo embarcado dos años, lapso durante el cual navegó la escuadra por todo el Mediterráneo, sosteniendo encuentros con corsarios y piratas, en los que el joven Oquendo supo distinguirse, según lo prueba que, al concederle el almirante licencia para regresar a España, en Mayo de 1602, hiciera cumplido elogio de su comportamiento. En los meses de descanso transcurridos en el materno hogar acrecentóse su deseo de poder trasladarse a las galeras que iban al Nuevo Mundo; deseo que vióse satisfecho, pues en Julio de 1603 se le comunicó su nuevo destino en la Armada del Mar Océano, mandada por el capitán general don Luis Fajardo, para incorporarse al cual se encaminó a Lisboa, base de aquella.

Como es sabido, en los primeros lustros del siglo XVII no se había llegado todavía a la conveniente unificación de la Marina, y por ello existían diversas armadas, flotas y escuadras: la del Mar Océano, las llamadas de Vizcaya, de Guipúzcoa, de Cuatro Villas, de Galicia, de Portugal, de Flandes, del Estrecho; las escuadras de galeras de Cataluña, Nápoles, Sicilia y Filipinas, y por último, la armada de Indias, agrupación destinada a la custodia de los galeones de la plata

que venían de América. Excepción hecha de la última, que todos los años se formaba, las demás eran de irregular fuerza, ya que no contaban igual número de barcos, y cuando quedaba disminuida su potencia, por combates o temporales, solía tardarse mucho en ser rehecha, o bien eran improvisadas en caso de necesidad perentoria, por lo cual con tanta frecuencia acontecía su falta de rendimiento, y aun el franco desastre, inherentes a la carencia de la debida preparación. La misión de la Armada del Mar Océano era la vigilancia de las costas atlánticas peninsulares, llegando los buques hasta las Azores para escoltar a los que venían de América, a fin de perseguir a piratas y corsarios, procedentes no sólo de los dominios africanos, sino también de algunas naciones europeas, que tan sistemáticamente pretendían, y a veces lograban, apoderarse de lo ajeno. En Julio de 1604 se advirtió que rondaban la costa buques piratas fuertemente armados, por lo que el almirante Fajardo, temiendo por la suerte de algunos mercantes cargados con ricos productos de las Indias Occidentales, decidió confiar a Oquendo la empresa de batirlos, dando fe con tal elección de los excelentes informes que tenía del joven marino. Designados los galeotes *Delfín de Escocia* y *La Dobladilla*, Oquendo embarcó en el primero, tras recibir prolijas instrucciones de Fajardo. Hasta el 7 de Agosto no surgieron a la vista de aquella pequeña división naval dos bien portados navíos cuyo aspecto denotaba ser los persistentemente buscados, navíos que resultaron ser ingleses, los cuales, lejos de rehuir el encuentro, se adelantaron hacia los nuestros. Pronto llegaron al abordaje *El Delfín* y el galeón inglés de mayor porte, mientras *La Dobladilla* mantenía intenso fuego con la otra embarcación enemiga. Tras dilatado y épico combate, en el que se emplearon todos los recursos destructivos imaginables, llegando a la lucha cuerpo a cuerpo, consiguieron Oquendo y sus hombres apoderarse de los barcos piratas, que fueron llevados a Lisboa, donde se dispensó a los españoles un entusiástico recibimiento. El almirante Fajardo escribió a Oquendo una carta en extremo laudatoria, en la que a la vez que le nombraba jefe de los galeones que permanecían en aquel puerto, por falta de marineros, al salir con su armada, encargábale que los reclutase pronto, tras lo que se le incorporaría al frente de aquellos barcos en las costas gallegas. Poco después recibió Oquendo otra carta del secretario o ministro de Marina, don Esteban de Ibarra, quien, en nombre del rey, le felicitaba efusivamente, expresándole su satisfacción al ver que el joven capitán de navío iniciaba el mismo camino que su padre siguiera. Después reanudó Oquendo sus salidas en busca de nuevos corsarios que sabía anda-

ban en acecho de las carabelas procedentes del Brasil, y si bien no los encontró tuvo ocasión de obligar a un navío llamado *Dunquerque*, tripulado por extranjeros, a devolverle lo que había saqueado a otro barco y a restituir el precio de un rescate.

En Abril de 1605 recibe orden real de presentarse en la Corte, y, tras hacer entrega de los navíos a su cargo al comandante de la capitana del Mar Océano, Martín de Tapia, marcha a Valladolid, donde recibióle amablemente Ibarra y el almirante Brochero, vocal del Consejo de Guerra, quienes le comunicaron la grata noticia de haber sido designado para mandar los galeones de Vizcaya, nombramiento que recibió Oquendo de manos del omnipotente duque de Lerma en la visita a continuación hecha al monarca. En Julio de aquel año, cuando contaba sólo veintiocho de edad, tomó posesión de la Escuadra del Señorío de Vizcaya, al frente de la cual realizó una labor consciente y entusiasta en los dos aspectos fundamentales para toda armada, o sea el material y el personal, lo cual suponía fomentar la construcción naval y el reclutamiento, de acuerdo con las nuevas normas inherentes al progreso evolutivo, por lo cual acometió notables reformas en los servicios, demostrando así su constante preocupación por lograr la eficacia de éstos y el bienestar posible de las dotaciones. A poco surgió la contienda entre Vizcaya y Guipúzcoa respecto a la denominación que debía tener aquella agrupación naval, proclamando cada una de dichas provincias sus respectivos motivos de primacía sobre la otra; pero el monarca y sus consejeros la resolvieron con tino dando a las escuadras unidas de Guipúzcoa, Vizcaya y Cinco Villas la denominación de «Escuadra de Cantabria», la cual quedó bajo el gobierno de Oquendo. Continuaron las salidas a perseguir corsarios y a escoltar galeones y flotas de Indias, desde Lisboa y Cádiz, siendo de señalar que tal servicio realizóse con fortuna, excepción hecha de la pérdida de cuatro galeones que una tormenta imponente arrojó contra las costas francesas, naufragando en la barra de Vidarte. Oquendo logró se recuperase la artillería de los buques hundidos, y poco después que el rey decretase la reconstrucción de la Flota de Cantabria, con quince galeones. Aquel mismo año (1607) se supo que los holandeses se proponían atacar los puertos del Cantábrico, después de lo cual fueron avistados 25 de aquellos navíos cerca de las costas coruñesas; pero Oquendo trasladó sus naves con hombres y pertrechos desde Lisboa, sin llegar a combatir con aquel enemigo superior, volviendo en seguida a Pasajes para cuidar del alistamiento que llevábase a efecto. Entonces, 7 de Enero de 1608, recibió el nombramiento de Capitán General de la Escuadra de

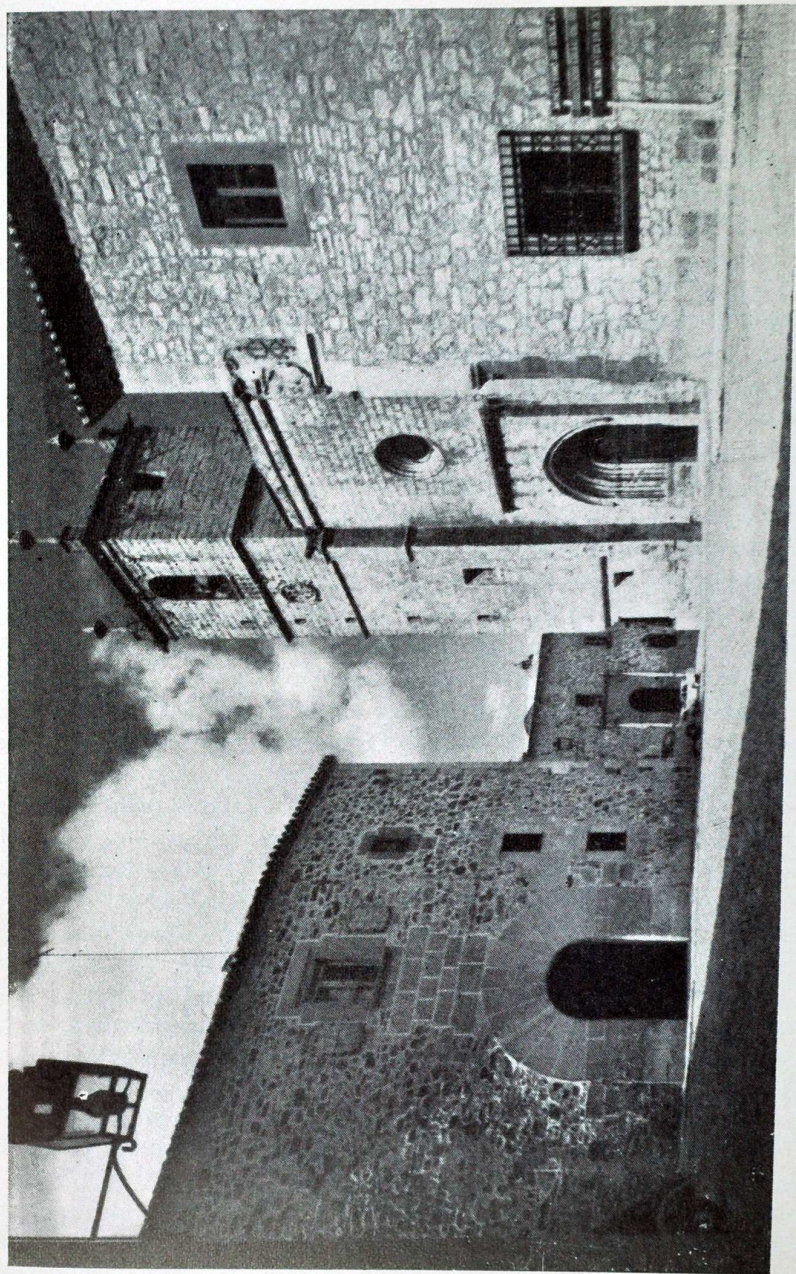
Cantabria, que tanto ambicionaba. Como dice Estrada, «Don Antonio, que a menudo pensaba en su padre, al que consideraba como modelo a seguir en todos los actos de su vida, tenía siempre presente su recuerdo en los momentos de algún cambio en su profesión y establecía un paralelo entre las vicisitudes que su padre tuvo y las por que él iba pasando, así, ahora, tras la lectura de su reciente nombramiento, pensaba que cuando él nació, su padre fue nombrado Capitán General de la misma escuadra que él mandaba, y tenía cuarenta y tres años. Llegaba él al mismo puesto con doce años de avance: tenía treinta y uno de edad». Ni que decir tiene que el nuevo cargo suponía para el almirante mayores deberes e inquietudes, máxime cuando tan patentes eran las dificultades que se presentaban para el logro de buen material destinado a la construcción de barcos y, sobre todo, para el reclutamiento, pese a las medidas tomadas con el fin de estimularlo, asegurando el buen trato a las dotaciones.

En Agosto de aquel año, por orden de Felipe III, fue Oquendo a Cádiz para tomar el mando de cinco navíos con los cuales tenía que limpiar la ruta de corsarios. Luego esperó a un importante convoy de Indias, que hubo de escoltar desde Lisboa a Cádiz, y a continuación persiguió al corsario argelino Danzer, quien no pudo ser hallado.

En el verano siguiente tuvo efecto la expulsión de los moriscos, decretada por el monarca como consecuencia de la reprobable malevolencia de aquellos descendientes del pueblo definitivamente vencido más de un siglo antes, los cuales se mantenían renuentes en sus utópicos sueños de revancha y ayudaban con sus informaciones a los piratas mediterráneos. Como se trataba de medio millón, fue preciso concertar todas las escuadras españolas, entre ellas las de Oquendo, para transportarlos, mediante varios viajes, a la costa berberisca. Convenida con Holanda la tregua de los doce años, las costas atlánticas quedaron relativamente tranquilas; pero, en cambio, a lo largo de las mediterráneas aumentó la acción de la piratería, sin duda porque muchos de los moriscos expulsados hicieron incursiones por cuenta propia, facilitando su acción el conocimiento que tenían del suelo donde habían vivido. Esto contribuyó a que preocupasen las costas africanas, planeándose la conquista de Larache, a la que acudió Oquendo con su flota, consiguiendo fuese tomada la plaza pacíficamente el 18 de Noviembre de 1610. Poco después, en Febrero de 1611, fue nombrado Oquendo Capitán General de la Flota de Nueva España, con retención de su cargo de jefe de la Escuadra de Cantabria, y ello supuso un nuevo campo de acción donde el

gran almirante desarrollaría iniciativas y arrestos, tanto en el aspecto técnico como en el castrense, y tras la consiguiente preparación marchó a México, donde permaneció algunos meses, regresando en el verano siguiente. En 1613 hizo un nuevo viaje, investido con el mismo mando y disponiendo de plena autoridad, independiente de la del Virrey, en cuanto atañera a la flota, e igualmente regresó con sus galeones sin tropiezo alguno, reintegrándose al mando de la Esquadra de Cantabria. A poco se le comunicó la noticia de haberle concedido el monarca merced del hábito de la Orden de Santiago. Otra distinción entonces recibida fue la de figurar en la lista de quienes con motivo de la doble boda del príncipe don Felipe con doña Isabel de Borbón, primogénita de Enrique IV de Francia, y la del rey de esta nación, Luis XIII, con doña Ana de Austria, hija mayor de Felipe III, habían de recibir en la frontera a los egregios personajes. Poco después aconteció un hecho de alta significación en la vida del almirante: su casamiento con doña María de Lazcano, de ilustre familia guipuzcoana, dama de grandes virtudes y notable belleza.

Felipe III ofreció a Oquendo, en Junio de 1616, el mando de una flota compuesta de ocho navíos, dos carabelas y un patache que había de transportar a Filipinas 1.600 infantes, primera expedición militar destinada al lejano archipiélago que haría la derrota de Oriente por el Cabo de Buena Esperanza, pues todos los socorros antes enviados fueron a través de México, desde donde pasaban al Pacífico. Aunque tan tentadora era la empresa, dado el sueldo de 4.000 ducados anuales y una encomienda de 1.000 escudos de renta —y, sobre todo, la posibilidad de descubrir nuevas tierras y explorar otras, para lo que Oquendo tenía adecuado temperamento, ya que con razón se ha afirmado que hubiera sido un gran navegante-descubridor si el destino no le hubiera impelido, como a su padre, al mando de flotas de guerra—, renunció a ella, pues había comenzado a quebrantarse su salud y necesitaba atender a varios asuntos familiares que exigían su permanencia en el solar guipuzcoano. Si aquella negativa tal vez no contrariase el ánimo del monarca, la siguiente en que incurrió Oquendo cuando, en Junio de 1619 fue nombrado Almirante General de la Armada del Mar Océano con carácter interino, sustituyendo a don Juan Fajardo de Guevara mientras éste se hallase ausente del destino, sí causó mal efecto en las áulicas esferas. Oquendo dio a don Martín de Aróstegui, secretario de Su Majestad, cumplidas explicaciones de las causas que le impedían aceptar el nombramiento, quejándose, a la vez, de no haber comenzado todavía a percibir beneficio alguno de la encomienda que le había sido concedida, y, no



ALBUM EXTREMENO.—Cáceres: Iglesia concatedral de Santa María la Mayor. (Foto Arribas).

encontrándolas justificadas, se le sometió a Consejo de Guerra, resultando condenado a privación de sueldo y oficio y a permanecer preso en el castillo de Fuenterrabía, encierro luego atenuado al ser trasladado al convento de San Telmo, de la capital donostiarra, penas ambas que se extinguieron a comienzos del siguiente año, 1621, en cuyo último día de Febrero falleció Felipe III.

Durante los primeros meses del reinado de Felipe IV quedó terminada la nueva escuadra que Oquendo venía preparando, la cual, con más de 5.000 toneladas y 3.076 hombres, quedó incorporada a la Armada del Mar Océano. Esta tuvo algunos encuentros victoriosos con los holandeses (pues ya había terminado la tregua), y como se abrigaba el temor de que aquéllos intentaran asaltar algún puerto español, creyóse lo mejor salir a cortarles el paso en el Canal de la Mancha. Con tal finalidad reuniéronse dicha Armada y las escuadras de Portugal, Cuatro Villas y Guipúzcoa, que mandaban, respectivamente, los almirantes Valdecilla, Acevedo y Oquendo; todos ellos a las órdenes del Capitán General don Fadrique de Toledo; pero no se consiguió hallar al enemigo. En 1623 fue Oquendo designado nuevamente para el mando de la Armada de la Guarda de la Carrera de Indias, y tras recibir instrucciones del Conde-duque de Olivares y de don Pedro de Ledesma, secretario de Su Majestad, salió al frente de ella con rumbo directo a Cartagena de Indias y Portobelo, de donde había de transportarse el llamado Tesoro de América, o remesa anual de dinero, que el año anterior no había llegado. A poco marchó a La Habana, donde había de unírsele la flota de Nueva España para el viaje de vuelta. Este no pudo ser emprendido con la prontitud deseada, ya que algunos barcos carecían de condiciones de seguridad, lo cual le movió a carenarlos en el incipiente astillero habanero, y quiso el hado que el galeón almirante de la flota, *Santísima Trinidad*, con casco sin duda perforado por la *broma*, comenzara a hacer agua, sin que los esfuerzos por evitarlo dieran resultado, pues se hundió antes de poder salvar su cargamento, por lo que se perdieron 677 barras, parte de ellas consignadas al monarca. Empezóse la salida para España el 25 de Marzo, pero el tiempo tornóse ciclónico, lo cual, unido a que algunos barcos navegaban en malas condiciones, haciendo agua, obligó a regresar al puerto de partida. Ya en Abril decidióse acometer el viaje, siguiendo ruta más septentrional, y tan tormentosa fue la navegación que naufragó el mayor de los navíos, el *Espíritu Santo*, con 250 tripulantes y valiosa carga. Al llegar a la Península, tras cincuenta días de travesía, lejos de ser Oquendo recibido triunfalmente, como en otras ocasiones,

se le sometió a proceso, en el que con cruda expresión, impropia de la jerarquía del inculpado, se le hacían graves cargos, que el fiscal supo rebatir atinadamente. La sentencia le incapacitaba para ejercer durante cuatro años el mando de flotas y armadas de la Carrera de Indias, salvo si el monarca o su Consejo de Indias querían conferirselo; pero, no obstante, como aquélla no era justa, Oquendo desempeñó durante dicho lapso misiones de confianza, y en 3 de Julio de 1626 recibió el nombramiento de Almirante General de la Armada del Mar Océano, subordinado únicamente al Capitán General, don Fadrique de Toledo.

Encontrándose en Cádiz, donde activaba el alistamiento de los barcos allí surtos, tras dilatado plan de internada, recibió Oquendo una carta en la que el Maestre de Campo don Diego de Escobedo, jefe de las fuerzas españolas que guarnecían la fortaleza de la Májora —posición costera marroquí situada algo más allá de Larache, conquistada en 1613, con lo que desapareció aquel nido de piratas—, pedía apremiante auxilio, pues se hallaba cercado por los moros y falto de bastimentos, en peligro, por ende, de rendirse o morir con los suyos. Oquendo, impresionado por la noticia, no anduvo remiso, y sin pedir autorización a su jefe, ausente, ni al Poder central para dejar indefensa la plaza, preparó en pocos días una pequeña flota con 500 hombres escogidos y abundantes víveres, presentándose inopinadamente ante la posesión africana, que así fue salvada. De regreso en Cádiz pudo advertir el buen efecto causado por su rasgo, y a poco tuvo la satisfacción de recibir cartas autógrafas de Felipe IV y del Conde-duque de Olivares, elogiando aquella su decidida actuación. Tras una temporada de licencia, el almirante recibió orden del Capitán General, don Fadrique de Toledo, para alistarse con prontitud y sigilo a fin de desempeñar una trascendente misión, como consecuencia del recrudecimiento de las incursiones corsarias, que obligaban a redoblar la protección de los convoyes oceánicos. Los holandeses operaban ya con fuertes escuadras situadas en el Mar Caribe, y el año anterior (1628) el terrible Piel-Heyn, llamado *Pie de palo*, se había apoderado de algunas galeras con plata de la flota del almirante Benavides, quien hizo débil defensa contra el enemigo, por lo que fue ajusticiado en Sevilla. A mediados de Julio de 1629 salió de Sanlúcar la Flota de Indias, escoltada por 17 galeones, tres de los cuales enarbolaban sendas insignias del Capitán General, don Fadrique de Toledo; del Almirante Real, don Antonio de Oquendo, y del General de la flota, don Martín de Valdecilla. En pliegos lacrados, que serían abiertos en alta mar, figuraban las instrucciones necesari-

rias para expulsar por la fuerza, de sus nidos, a cuantos bucaneros y filibusteros se habían instalado en las Antillas Menores con la encubierta ayuda de países europeos que anhelaban tanto su propio lucro como la ruina española. Y en el año escaso que duró aquel viaje, la Armada alcanzó eficazmente los objetivos propuestos, pues cuantos ingleses y franceses había en las islas de las Nieves, próxima a Guadalupe, y San Cristóbal fueron vencidos y dispersados, destruyéndoseles sus bases defensivas y quedando apresados casi todos sus barcos, con rehenes, armamento y municiones. Al regresar a Cádiz encontróse Oquendo con la grata noticia de haber sido nombrado miembro del Consejo de Guerra.

Los holandeses, lejos de cesar en sus depredatorios intentos, los ampliaron. Engrandecieron su Marina como fundamento expansivo de la gran compañía de Indias, que proporcionaba al país territorios extensos y valiosas presas, lo cual contrastaba con la pasividad española en crear y sostener los buques necesarios para salvaguardar su gran imperio ultramarino. En Febrero de 1631 se presentó ante la costa brasileña una gran escuadra holandesa mandada por el almirante Lonk, con tropa de desembarco, la cual se apoderó de Pernambuco, cuyo gobernador, don Matías de Albuquerque, tuvo que incendiar sus buques y la cercana villa de Arrecife para evitar que cayesen en poder del enemigo, estableciendo por tierra el cerco de aquella zona ocupada, tras lo que pidió auxilio a España. Imponiase, por ende, enviar pronta ayuda para recuperar el dominio de aquellas aguas venciendo a la armada enemiga, que entonces no era ya la de Lonk, pues había sido relevada por la del almirante Pater. Oquendo recibió la orden de organizar y mandar la expedición, y para ello hubo de desarrollar gran esfuerzo, logrando reunir en Lisboa los medios necesarios. En 5 de Mayo salió del Tajo con 26 buques, entre ellos cinco carabelas, que sumaban 10.000 toneladas, en los que iban 3.000 soldados. Tras sesenta y ocho días de navegación, llegó a Bahía de Todos los Santos, y pronto encontró al enemigo. El combate se libró el 12 de Septiembre, en el paralelo 18° Sur, a unas 240 millas al Este de los Abrojos, arrecifes con cuyo nombre pasó a la Historia aquel épico encuentro, en el que la pericia de Oquendo, con manifiesta inferioridad de medios, consiguió vencer a los holandeses, ocasionándoles la pérdida de tres galeones y 2.000 hombres, mientras nosotros tuvimos solamente 585 muertos y 200 heridos, entre los que figuraban los diez oficiales que iban con el Almirante en la nave capitana, *Santiago*, que fue la de mayor acometividad en la dura pelea. Cinco días después, el 17 de Agosto, avistó Oquendo a la armada

enemiga, al mando del almirante Thys, sucesor de Pater, y, de acuerdo con sus capitanes, dispuso que las carabelas en que iban la tropa y las municiones arribaran a la costa. Desistiendo de nuevo encuentro, al que tampoco quiso el enemigo arriesgarse, cumplió su objetivo de desembarcar en Paraiba los refuerzos transportados. Al regresar a España quedó rezagado el galeón mandado por don Lázaro de Eguiguren, circunstancia aprovechada por el enemigo para atacarle, sufriendo la nave tales daños que naufragó a poco de incorporarse a la escuadra, lo cual causó gran disgusto al almirante, quien por ello dio órdenes terminantes de que ningún barco saliera de la formación sin orden suya para combatir al enemigo. No obstante, a los pocos días se avistaron dos, y al mandar reconocerlos, huyeron; pero los galeones *San Carlos* y *San Bartolomé* siguieron la caza, olvidando el reciente aviso y los cañonazos de llamada, por lo que Oquendo quitó el mando de los mismos a sus capitanes. Con el gran triunfo de los Abrojos culminó la fama de Oquendo, a poco llamado el *héroe cántabro*, que recibió como premio una encomienda de mil ducados de renta, por él luego cedida a su provincia de origen. Los pintores immortalizaron el encuentro en valiosos lienzos, y los escritores publicaron emocionantes relatos del mismo, entre los cuales resalta el brillante poema debido a don Juan Santos de Zabaleta, asistente a la gloriosa jornada.

Nuevamente, y ya por última vez, vuelve Oquendo a cruzar el Océano en 1634, como Capitán General de la Guarda de la Carrera de Indias, viaje en el que también hubo de invernar en La Habana para reparar los galeones. A su regreso, en Abril siguiente, se encontró con reproches por su retraso en la vuelta, los cuales, naturalmente, hubo de rechazar arguyendo que aquél fue inevitable. Pero aun le produjo más disgusto la noticia de haber fallecido su querido jefe, el inclito don Fadrique de Toledo, héroe de tantas jornadas, quien cayó en desfavor del omnipotente valido, Olivares, mangoneador de la cosa pública por indolencia del monarca. Llevaba ya don Fadrique treinta años de ininterrumpido servicio, por lo cual solicitó licencia para atender al restablecimiento de su quebrantada salud y cuidar de sus abandonados intereses. Como le fueron concedidos solamente dos meses, tiempo insuficiente, pidió se le ampliase, accediéndose a quince días más, al transcurrir los cuales fue conminado para incorporarse en el plazo de veinticuatro horas, y como no lo hizo fue detenido en su casa y enviado luego al castillo de Santa Olalla. Desde allí cursó memoriales en los que justificaba la necesidad que tenía de permanecer más tiempo en su domicilio, pero nin-

guno de ellos fue tenido en cuenta por Olivares, quien le manifestó que sus brillantes servicios le habían sido recompensados sobradamente con caudales y honores (siendo así que en más de una ocasión hubo de pagar a las dotaciones de sus barcos de su propio peculio, a más de exigir su cargo dispendios mayores que el sueldo a él asignado). Tan innoble desconsideración indignó a don Fadrique, que al contestar al secretario del valido que así le escribía, le dijo cómo «había servido a Su Majestad gastando su hacienda y su sangre, y no hecho un poltrón como el Conde-duque». Aquel trato injusto originó al Almirante una grave enfermedad, por lo cual el Consejo permitióle trasladarse a Madrid, pero no a su casa, sino a la de su fiel secretario. Murió antes de dictarse sentencia, que le despojaba de cuanto era y tenía, condenándole al destierro. La enemiga del valido llegó hasta a privarle de póstumos honores, haciendo que un esbirro quitase de las manos del cadáver el bastón de mando y que fuera deshecho el túmulo para el funeral que los jesuitas habían levantado en el templo de la Compañía.

Contrastando con la gran personalidad de don Fadrique, su sucesor, el duque de Maqueda, poseía dotes marineras bien escasas, lo cual era más de lamentar continuando España insensible a lo que representaba la codicia extranjera. Bien veía Oquendo cómo cada día se imponía más la acuciante necesidad de crear una armada poderosa, anhelo que no se realizaba nunca. Holanda llegó a creer que con su gran potencia naval podría apoderarse de la mayor parte de cuanto transportaran nuestros barcos, estableciendo el comercio a mano armada. Francia, a su vez, amplió la zona en que permitía el corso contra las naves españolas e hizo grandes preparativos navales con los que acrecer su poderío, como fueron unir sus escuadras atlántica y mediterránea, que sumaban 80 navíos y 16 galeras, bajo el mando de don Enrique de Lorena, conde de Harcourt, a quien orientaba el arzobispo de Burdeos, Escobleau de Sourdís, hombre excepcionalmente audaz y jactancioso, seguidor de las directrices del hispanófilo Richelieu. Todo ello produjo alguna reacción en España, por lo que se recurrió a diversos medios para formar fuertes escuadras en las bases de Lisboa, Barcelona y Nápoles. Como no fue posible alistar con prontitud 36 galeones para batir a los galos, decidió Felipe IV, o bien Olivares, que saliera Oquendo con los barcos disponibles para unirse a la escuadra de Nápoles, a fin de que fallasen los propósitos del enemigo. Antes de hacerlo, el Almirante creyó conveniente dirigirse al rey, en razonado escrito, haciéndole ver los inconvenientes de arriesgarse en posible encuentro con enemigo pode-

roso antes de llegar a Nápoles, y a ello obedeció sin duda la orden de invernar en Mahón, recibida en 7 de Diciembre, a la vez que su nombramiento de Gobernador de Menorca. El 17 de Marzo de 1637 llegó Oquendo, con su escuadra de 17 galeones, a la bahía de Alcudia, donde fue recibido por el Virrey de Mallorca, don Alonso de Cardona, con quien se puso de acuerdo para el alojamiento de parte de la tropa, y el 29 entró en el gran puerto mahonés. Desde el primer día cuidó no sólo de las cuestiones inherentes al alojamiento del resto de sus soldados, casi todos veteranos, sino de la defensa de la isla; pero a los pocos meses recibió la orden de ir a Nápoles, para donde salió con el grueso de su escuadra el 23 de Junio, dejando como sustituto al almirante don Francisco Díaz Pimienta. A finales de Febrero de 1638 retornó a Mahón, y nuevamente se interesó allí por las cosas pendientes, obedeciendo a esto que a la vez estimulase la ayuda de los naturales y pidiera recursos al Conde-duque a fin de ultimar las obras castrenses emprendidas. El gobierno de Oquendo terminó el 18 de Julio de aquel año, día en que salió de Mahón con su escuadra, trasladándose a Cádiz.

Por entonces adquirió mayores proporciones la lucha marítima que España se veía obligada a sostener, simultáneamente, contra Francia, Holanda y los piratas berberiscos; guerra de signo desigual, pues mientras una de nuestras escuadras, al mando del almirante don Carlos de Ibarra, combatía victoriosamente en aguas de Cuba contra la del holandés *Pie de palo*, otra la del almirante don Diego de Hoces, sufrió un desastre, bloqueada en el puerto de Guetaria por numerosos y potentes buques del arzobispo de Burdeos, quien, empleando una nueva arma, el *brulote*, consiguió incendiar a casi todos los españoles. Este revés fue sincrónico a la invasión de tropas terrestres galas, al mando del príncipe de Condé, que se adueñaron de varias plazas del país vasco-navarro; pero el contraataque español, dirigido por el Almirante de Castilla, hizo retroceder al enemigo, hasta el punto de liberar del cerco a la heroica guarnición de Fuenterrabía. También fracasaron los intentos navales del prelado bordelés, nombrado Teniente General de la Armada francesa, pues aun disponiendo de 40 galeones, 12 transportes con tropas y 21 brulotes, no pudo apoderarse de ningún puerto gallego, teniendo que limitarse al bloqueo. Oquendo quiso marchar al litoral cántabro para contribuir a su defensa, pero se le ordenó continuara en Cádiz activando la reparación y alistamiento de buques para la gran empresa de llevar socorros de hombres y armas a Flandes, ya francamente insurrecto. A las escuadras de Cantabria, Galicia y Portugal se pen-

saba unir la de Oquendo, con las de Nápoles y Dunquerque. En sendas cartas dábanle el monarca y el Conde-duque las instrucciones del caso, y a primeros de Agosto zarpó hacia La Coruña, donde llegaron a reunirse 53 navíos y 12 transportes capaces de llevar a Flandes 6.000 hombres. Ni que decir tiene que el francés ya había desaparecido de aquellas aguas.

El 5 de Septiembre de 1639 abandonó la armada el puerto de La Coruña marchando Oquendo en vanguardia, y al anochecer del 15 avistó a la holandesa, cuyo jefe supremo era el almirante Tromp —a quien después se uniría el almirante Kart con su escuadra—. A la mañana siguiente inicióse el duro combate, que llamaríase de las Dunas, el cual duró varios días, en dos fases, durante las cuales luchóse con gran dureza, resultando vencedores los holandeses, que viéronse favorecidos por diversas circunstancias, la principal de ellas disponer de crecientes medios ofensivos, pues incorporaron a la lucha hasta un centenar de barcos, mientras 21 de los españoles habían quedado varados en la arena, a más de que nunca les faltó munición, de la que Oquendo no tardó en verse privado, si bien había conseguido dejar en Dunquerque 5.000 soldados y tres millones de escudos, principal objetivo de su misión. Muy prolija habría de ser la reseña de esta batalla para dar idea del derroche de valentía que puso en juego nuestro héroe, secundado por los otros almirantes a sus órdenes y por todas las tripulaciones. Milagrosamente salvóse Oquendo con su galeón, el *Santiago*, que mientras pudo no dejó de disparar ni un solo momento, quedando después a merced de aquella enorme desproporción combativa, que al comienzo era ya de uno a cinco, entrando al puerto de Mardique con más de un millar de impactos producidos por los proyectiles enemigos. Las pérdidas españolas fueron muy grandes: 35 barcos entre hundidos y apresados y más de 5.000 hombres. Los holandeses las tuvieron también sensibles, ya que fueron por lo menos de 10 navíos y más de 1.000 hombres. Este gran encuentro naval fue el último a que asistió Oquendo, quien, muy impresionado por la que fue su ineluctable derrota, pensó estaba próximo su fin terreno, de manera análoga a lo que le aconteció a su padre al regresar tras el fracaso de la expedición a Inglaterra. Aquel malogro no pudo por menos de hacerle comprender que se imponía un cambio radical en la táctica naval, con abandono del audaz ataque al abordaje, que tan buenos resultados había proporcionado antes, hasta resultar inoperante en las Dunas, donde triunfó, aparte del número, la potente artillería y el poder incendiario de los brulotes.

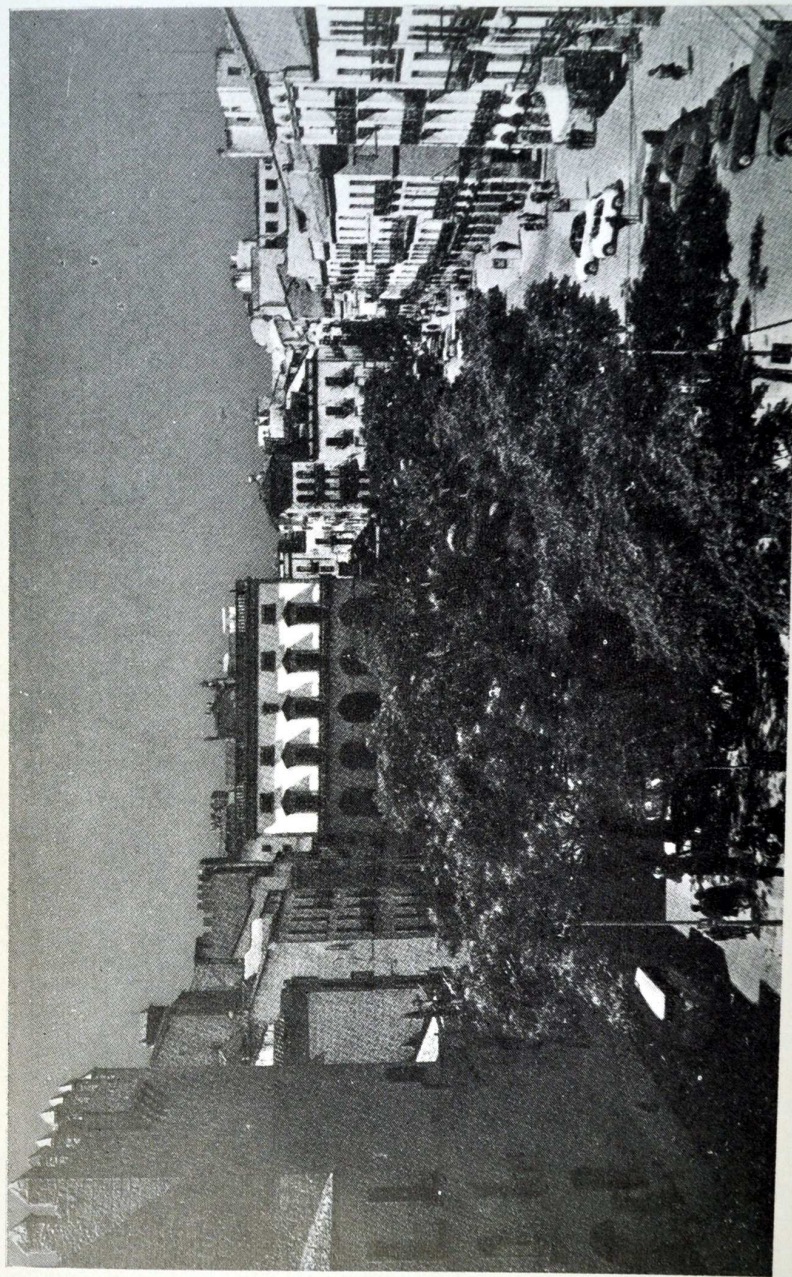
En Dunquerque, adonde llegó y se repuso en parte de su quebran-

to físico y moral, reorganizó Oquendo la escuadra, reuniendo 21 barcos con los 9 que habían quedado varados en la costa inglesa, tras lo cual regresó a La Coruña el 17 de Marzo de 1640. Lo precario de la salud del almirante, que tanto preocupó a bordo durante la travesía, se acentuó en la capital gallega, dada la persistencia de la fiebre. Y allí entregó su alma al Todopoderoso el 7 de Junio, día señalado, pues era la festividad del Corpus Christi. Con el fin de llevar a San Sebastián, su ciudad natal, el cadáver del gran marino, efectuóse su embalsamamiento, advirtiéndose, con la consiguiente sorpresa, que en el corazón, de excepcional tamaño, había un pelo largo, hallazgo considerado como denotador del temple, del valor ejemplar característico en el heroico almirante. De ello dieron fe, algún tiempo después, el Padre Henao y el propio hijo del insigne marino, Miguel. Este, niño todavía cuando falleció don Antonio, no procedía de su legítima unión, sino de las apasionadas y fugaces relaciones que Oquendo tuvo en Cádiz con la joven Ana de Molina y Estrada, de hidalga familia andaluza. La esposa, doña María, que a poco de fenecer Oquendo pasó por el otro terrible dolor de perder a los dos vástagos del matrimonio: Teresa, la primogénita, recién casada con el marqués de Oria, y Antonio Felipe, de dieciocho años, dando fe de su abnegada devoción conyugal, adoptó al bastardo. El mayorazgo de Oquendo pasó a la rama colateral, vinculada al de San Millán, mas luego recayó en don Miguel, el hijo de don Antonio, por su matrimonio con la prima que había heredado ambos. El hijo del gran almirante fue también marino, llegando a mandar la escuadra de Cantabria, pero en 1663 se estrellaron sus barcos en la costa gaditana, y ello le movió a pedir el retiro. Poco después reunió en un libro cuantos datos relativos a la vida ejemplar de su progenitor consiguió encontrar en el archivo familiar. Sus descendientes son los duques del Infantado.

IDEARIO EXTREMEÑO

¡Cuánto más bueno, más noble, más español, sería venir aquí a edificar el solar y abrir el alma al deber altísimo de la fraternidad!
¡Cómo se haría patria y el corazón de ella se dilataría, cuando el amor a la tierra inspirase el hondo y fecundo sentido del bien!

ANTONIO REYES HUERTAS



ALBUM EXTREMEÑO.—Cáceres: Plaza del General Mola. (Foto Garrabella).